

XV

DONEC GRATUS

Hemos explicado ya de qué manera el pintor Marcelo conoció á la señorita Musette. Unidos una mañana por ministerio del capricho, que es el alcalde del décimotercio distrito (1), creyeron, como sucede con frecuencia, casarse bajo el régimen de la separación de *corazones*. Pero una noche después de una violenta disputa en la que resolvieron separarse en seguida, apercibiéronse de que sus manos, que se habían unido para despedirse, no querían soltarse. Casi sin advertirlo su capricho se había convertido en amor. Y así se lo confesaron mutuamente, riéndose á medias.

—Lo que nos sucede es muy serio,—dijo Marcelo.—¿Cómo diablos nos ha ocurrido?

—¡Oh!—repuso Musette.—Es que fuimos muy torpes, por no haber tomado las debidas precauciones.

(1) Se refiere al casamiento civil que confieren en Francia los alcaldes; y seguramente en la época en que se escribió esta novela, París sólo contaría doce distritos.

—¿Qué ocurre?—dijo entrando Rodolfo, que era entonces vecino de Marcelo.

—Ocurre—respondió éste señalando á Musette,—que la señorita y yo, acabamos de hacer un notable descubrimiento. Que estamos enamorados. Nos habremos puesto así durmiendo.

—¡Oh, oh! Durmiendo, no lo creo,—exclamó Rodolfo.—¿Pero, qué importa que os améis? Os exageráis sin duda la desgracia.

—¡Pardiez!—repuso Marcelo.—¡Si no podemos sufrirnos!

—Y no podemos separarnos—añadió Musette.

—Entonces, hijos míos, vuestro asunto es claro. Habéis jugado á engañaros el uno al otro y habéis perdido entrambos. Es lo que nos pasó con Mimi. Hemos pasado próximamente dos años disputando noche y día. Con ese sistema es como se eternizan los matrimonios. Unid un sí con un no, y obtendréis un enlace como el de Filemón y Baucis. Vuestro hogar será igual al mío; y si Schaunard y Eufemia se vienen á vivir á esta casa, según nos han amenazado, nuestro terceto de matrimonios la convertirá en una mansión muy agradable.

En aquel momento entró Gustavo Colline y explicóle el incidente que acababa de ocurrir entre Musette y Marcelo.

—¿Qué tal, filósofo—dijo éste,—qué piensas tú de esto?

Colline se rascó el pelo del sombrero que le servía de tejado, y murmuró:

—Ya me lo figuraba. El amor es un juego de azar. Al más listo se la pega. No está bien que el hombre viva solo.

Por la noche, el entrar en su casa, Rodolfo dijo á Mimi:

—Grandes novedades. Musette está perdida-mente enamorada de Marcelo y no quiere separarse de él.

—¡Pobre muchacha!—respondió Mimí.—¡Con tan buen apetito que tiene!...

—Y por su parte, Marcelo está prendado de Musette. Su amor es de treinta y seis quilates, como diría ese intrigante de Colline.

—¡Pobre muchacha!—dijo Mimí.—¡El que es tan celoso!

—Es verdad—asintió Rodolfo,—él y yo somos discípulos de Otelo.

Algún tiempo después á las familias de Rodolfo y Marcelo, se juntaba la de Schaunard; el músico tomó habitación en la casa con Eufemia Tintorera.

A contar desde aquel día, los demás vecinos vivieron sobre un volcán, y al terminar el trimestre, se despidieron unánimemente del casero.

Efectivamente, pocos eran los días en que no estallara una tormenta en una de las familias. Tan pronto eran Mimí y Rodolfo, los cuales, agotados los argumentos, acudían á los proyectiles que les caían bajo mano, para explicarse. El más frecuente era Schaunard, que con la contera de su bastón, hacía algunas observaciones á la melancólica Eufemia. En cuanto á Marcelo y Musette, tenían sus discusiones á puerta cerrada; por lo menos tomaban la precaución de entornar las puertas y las ventanas.

Si por casualidad reinaba la paz en las tres familias, los demás inquilinos no eran por ello menos víctimas de aquella pasajera concordia. La indiscreción de las paredes medianeras dejaba penetrar hasta ellos todos los secretos de los ma-

trimonios bohemios, y les iniciaba, á su pesar, en todos sus misterios. Así es que muchos vecinos preferían el *casus belli* que las ratificaciones de los tratados de paz.

A decir verdad, aquella existencia, que duró seis meses, fué muy original. La más leal fraternidad se practicaba sin énfasis en aquel cenáculo, donde todo era de todos, y se repartían, desde que entraba, su buena ó mala fortuna.

Había todos los meses ciertos días de esplendor, en los que no hubieran puesto los pies en la calle sin guantes, días de gozo, en los que estaban en festín permanente. Había otros en los que casi hubieran bajado al patio sin botas, días de cuaresma, durante los cuales, después de no haber almorzado en común, tampoco comían juntos, ó bien lograban realizar, á fuerza de económicas combinaciones, una de aquellas comidas en que los platos y los cubiertos *descansaban*, según decía la señorita Mimí.

Empero, lo más prodigioso es que en aquella asociación donde se reunían al fin y al cabo tres mujeres jóvenes y hermosas, no se produjo jamás el menor síntoma de discordia entre los hombres: sometíanse con frecuencia á los más fútiles caprichos de sus queridas, pero ni uno solo hubiera vacilado un instante entre la mujer y el amigo.

El amor nace sobre todo de la espontaneidad: es una improvisación. La amistad, al contrario, se va edificando, por decirlo así; es un sentimiento que adelanta con circunspección; es el egoísmo del espíritu, mientras que el amor es el egoísmo del corazón.

Hacia seis años que los bohemios se conocían. Este largo espacio de tiempo pasado en una inti-

midad cotidiana, sin modificar la individualidad bien determinada de cada uno, había establecido entre ellos una comunidad de ideas, un conjunto que no hubieran hallado en otra parte. Tenían costumbres propias, y un lenguaje íntimo indescifrable para los extraños. Los que no les conocían particularmente llamaban cinismo á su conducta libre. Y sin embargo, no era más que franqueza. Espíritus rehacios á toda imposición, olvidaban lo falso y despreciaban lo vulgar. Acusados de ser exageradamente vanidosos, contestaban desplegando orgullosamente el programa de su ambición: y teniendo plena conciencia de su valer, no se engañaban á sí mismos.

Con tantos años de vivir juntos la misma vida, constreñidos á frecuentes rivalidades por razón de su estado, nunca dejaron de darse la mano, y supieron pasar, sin darles importancia, por encima de sus personales cuestiones de amor propio, cada vez que alguien intentó fomentarlas para destruirlos. Por lo demás, se estimaban mutuamente en lo que valían; y el orgullo, que es el contraveneno de la envidia, les preservaba de las pequeñas rivalidades de oficio.

Sin embargo, al cabo de seis meses de vivir en común, cayó sobre los tres hogares una epidemia de divorcio.

Schaunard abrió la marcha. Un día observó que Eufemia Tintorera tenía una rodilla más bien hecha que la otra; y como en cuestiones de plástica era de un purismo austero, echó á Eufemia, dándole por recuerdo el bastón con el cual le hacía tan frecuentes observaciones. Luego se fué á vivir con un pariente que le ofrecía casa gratis.

Quince días después, Mimí abandonaba á Ro-

dolfo para pasearse en los carruajes del joven vizconde Pablo, el ex discípulo de Carlos Barbemuche, que le había prometido trajes de color de sol.

Después de Mimí, fué Musette la que recobró su libertad para entrar con gran ruido en la aristocracia del mundo galante, del que se había separado para seguir á Marcelo.

Aquella separación tuvo lugar sin disputas, sin sacudidas, sin premeditación. Hijo de un capricho que se había convertido en amor, aquel enlace quedó roto por otro capricho.

Una noche de carnaval, en el baile de máscaras de la Opera, donde había ido con Marcelo, Musette tuvo por *vis á vis* en una contradanza á un joven que en otro tiempo la había galanteado. Se reconocieron y mientras bailaban cruzaron algunas palabras. Tal vez sin querer, mientras explicaba al joven su vida presente, dejó escapar alguna expresión de pesar por haber abandonado su vida anterior. Y de tal manera ocurrieron las cosas, que al finalizar la danza, Musette se equivocó; y en vez de dar la mano á Marcelo, que era su pareja, tomó la de su *vis á vis*, quien se la llevó, desapareciendo con ella por entre la muchedumbre.

Marcelo la buscó, con gran inquietud. Al cabo de una hora, la encontró del brazo del joven; salía en aquel momento del café con la boca llena de dulces. Al ver á Marcelo, que estaba en un rincón, con los brazos cruzados, le hizo un signo de saludo, como diciéndole:—Vuelvo en seguida.

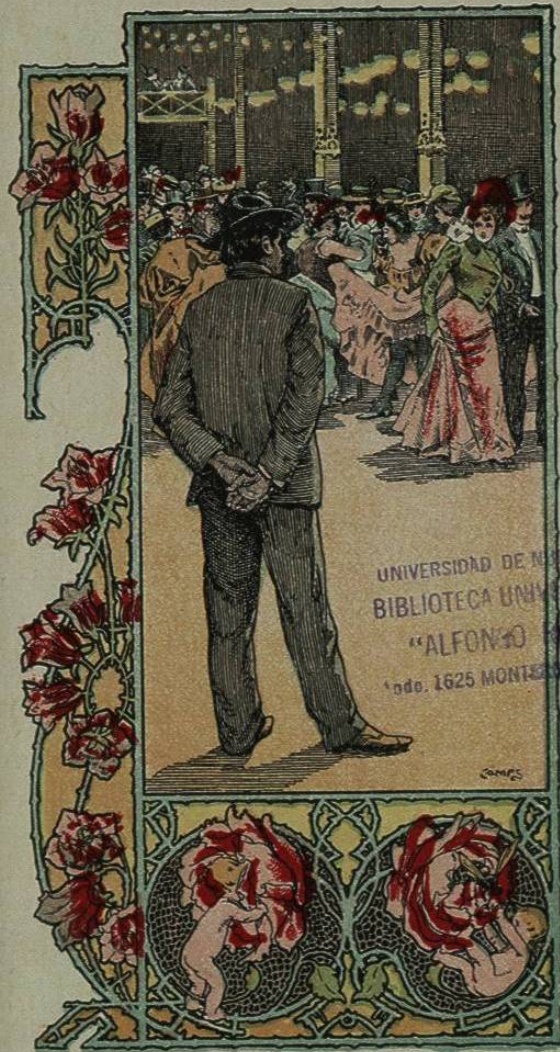
—Esto es, no me esperes—tradujo Marcelo. Era celoso, pero era también lógico y conocía á Musette, así es que no la esperó; empero, se volvió á

su casa con el corazón oprimido y vacío el estómago. Buscó en una alacena si quedaba algo que comer y encontró un mendrugo de pan granítico y un esqueleto de arenque salado.

—Yo no podía luchar contra las trufas. Musette al menos cenará.—Y después de pasarse una punta del pañuelo por los ojos, á pretexto de sonarse, se acostó.

Dos días después, Musette se despertaba en un gabinete tapizado de rosa. Un cupé azul la esperaba á la puerta, y todas las hadas de la moda, debidamente requeridas, arrojaban á sus pies sus maravillas. Musette estaba seductora, y su juventud parecía rejuvenecerse en medio de aquel marco de elegancias. Entonces volvió á reanudar su anterior existencia, concurrió á todas las fiestas y reconquistó su celebridad. Se habló de ella en todas partes, lo mismo entre los bastidores de la Bolsa que en las botillerías parlamentarias. En cuanto á su nuevo amante, el señor Alexis, era un joven muy simpático. Quejábase con frecuencia á Musette de su ligereza y despreocupación cuando la hablaba de su amor; entonces Musette le miraba riendo, le daba golpecitos en la mano y le decía:

—¿Qué quiere usted, querido? He vivido durante seis meses con un hombre que me mantenía con ensalada y sopas de agua, que me vestía con trajes de indiana y me llevaba á menudo al Odeón porque no era rico. Como el amor no cuesta nada y yo estaba loca por aquel monstruo, hemos gastado una inmensa cantidad de amor, y ahora sólo me quedan algunas migajas. Aprovechélas usted, no se lo impido. Por otra parte, yo no le he engañado á usted; y si los perifollos no costaran tan



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO CASTEL"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

caros, aún estaría con mi pintor. En cuanto á mi corazón, desde que poseo un corsé de ochenta francos, no le siento latir, y me temo que lo habré olvidado en alguno de los cajones de casa Marcelo.

La desaparición de las tres familias bohemias fué celebrada con fiestas por los vecinos de la casa en que vivían. En señal de regocijo, el casero dió un gran banquete y los inquilinos iluminaron sus ventanas.

Rodolfo y Marcelo se fueron á vivir juntos; cada uno había tomado un ídolo cuyo nombre no conocían con exactitud. Ocurría á veces que el uno empezara á hablar de Musette y el otro de Mimí; entonces tenían tela cortada para toda la noche. Se recordaban su antigua vida, las canciones de Musette, y las canciones de Mimí, las noches toledanas, y las indolentes madrugadas, y los banquetes celebrados en la imaginación. En aquellos dúos de recuerdos hacían retroceder las horas que se fueron; y ordinariamente acababan por confesarse que, después de todo, tenían la fortuna de hallarse reunidos, con los pies en los morillos, removiendo los tizones de diciembre fumando su pipa; y de disponer el uno del otro, para motivar la conversación, en la que se contaban á sí mismos en voz alta, lo que se decían en voz baja cuando estaban solos: esto es, que habían amado mucho á aquellas criaturas que desaparecieron llevándose un girón de su juventud, y que tal vez las amaban todavía.

Una noche, mientras atravesaba el boulevard, Marcelo vió á pocos pasos de sí una señora joven, que al bajar del carruaje, dejaba ver un pedazo de media blanca de una corrección perfecta; el mismo

cochero devoraba con los ojos aquella agradable *propina* (1).

—¡Pardiez!—exclamó Marcelo.—¡Qué hermosa pierna! Tentaciones me vienen de ofrecer el brazo á su dueña; veamos... ¿Cómo se lo digo? Se me ocurre una idea... muy original. Dispense usted, señorita—dijo acercándose á la desconocida, de la que aun no había visto el rostro.—¿Habría usted encontrado mi pañuelo por casualidad?

—Sí, señor,—respondió la joven;—aquí lo tiene usted.—Y puso en manos de Marcelo un pañuelo que llevaba en la suya.

El artista se quedó estupefacto.

Pero, de pronto, una risotada que recibió en plena clara le hizo volver en sí; en aquella alegre música reconoció sus antiguos amores.

Éra la señorita Musette.

—¡Ah!—exclamó ella.—El señor Marcelo que va á caza de aventuras. Oye, ¿qué te parece de ésta? No deja de tener gracia.

—La encuentro soportable,—respondió Marcelo.

—¿Dónde vas tan tarde por este barrio?—preguntó Musette.

—Voy á ese monumento,—respondió el artista señalando un teatro en el que tenía entrada libre.

—¿Por amor al arte?

—No, por amor á Laura. Toma—pensó Marcelo,—me ha salido un *calembour*; lo cederé á Colline que los colecciona.

—¿Quién es esa Laura? — prosiguió Musette con ojos interrogativos.

(1) *Pour boir* en francés, esto es, *propina*, palabra que por su sonido se confunde con *pour voir*, para ver, que es lo que el autor se ha propuesto.

Marcelo siguió bromeando en el mismo tono.

—Es una quimera á la que persigo y que hace el papel de dama joven en ese teatrillo.—Y con la mano hacía como que arrugaba una pechera imaginaria.

—Está usted muy gracioso esta noche,—dijo Musette.

—Y usted muy curiosa,—contestó Marcelo.

—Hable usted más bajo; todo el mundo se entera; y nos van á tomar por dos amantes que riñen.

—No sería la primera vez que nos sucede esto,—dijo Marcelo.

Musette vió en esta frase una provocación y contestó con viveza:

—¡Y quizá no sea la última!

La frase era clara y silbó como una bala en los oídos de Marcelo.

—¡Astros celestes!—dijo mirando las estrellas.

—Vosotros sois testigos de que no he sido yo el primero en disparar. ¡Pronto, mi coraza!

Desde aquel momento quedó empeñado el fuego.

Ya no se trataba más que de hallar un punto de unión suficiente para soldar aquellas dos fantasías que acababan de despertarse con tanta viveza.

Mientras iban andando, Musette miraba á Marcelo y Marcelo miraba á Musette. No se decían una palabra; pero sus ojos, esos plenipotenciarios del corazón, se cruzaban con frecuencia. Al cabo de un cuarto de hora de diplomacia, aquel congreso de miradas había resuelto tácitamente el asunto. No quedaba más que la ratificación.

El interrumpido diálogo volvió á reanudarse.

—Francamente,—dijo Musette á Marcelo.—¿A dónde ibas en este momento?

—Ya te lo he dicho, iba á ver á Laura.

—¿Es hermosa?

—Su boca es un nido de sonrisas.

—Lo creo,—dijo Musette.

—¿Y tú—exclamó Marcelo,—de dónde venías en alas de aquel simón?

—Venía de acompañar á la estación á Alexis, que se va á ver á su familia.

—¿Qué tipo es ese Alexis?

A su vez, Musette hizo de su amante un espléndido retrato. Mientras iban paseando, Marcelo y Musette continuaban de esta manera, en pleno boulevard, aquella comedia de la *reconciliación* del amor. Con la misma ingenuidad, ora cariñosa, ora burlona, volvían á componer estrofa por estrofa, aquella oda inmortal donde Horacio y Lidia ensalzan con tanta gracia los encantos de sus nuevos amores, y acaban por añadir una postdata á sus amores antiguos. Al llegar á una esquina, desembocó de pronto una numerosa patrulla.

Musette *organizó* una oportuna manifestación de espanto, y agarrándose al brazo de Marcelo le dijo:

—¡Ay, Dios mío! ¿Lo ves? Ya están en movimiento las tropas, se prepara tal vez otra revolución. ¡Huyamos, tengo miedo! ¡Acompáñame!

—Mas, ¿á dónde vamos?—preguntó Marcelo.

—A mi casa,—dijo Musette;—verás que bien puesta está. Te convido á cenar: hablaremos de política.

—No—dijo Marcelo, que pensaba en el señor Alexis;—yo no voy á tu casa á pesar de la cena. No me gusta beber mi vino en copa ajena.

Musette se quedó perpleja ante aquella negativa. Después, á través de las nieblas de sus recuer-

dos, divisó el pobre cuarto del pobre artista, pues Marcelo no se había vuelto millonario; entonces Musette tuvo otra idea, y aprovechándose del encuentro con otra patrulla, manifestó nuevos signos de terror.

—¡Habrà lucha!—exclamó.—No me atrevo á volver á mi casa. Marcelo, amigo mío, condúceme á casa de una amiga que *debe* vivir en tu barrio.

Cuando estaban atravesando el Puente Nuevo, Musette soltó una carcajada.

—¿Qué ocurre?—preguntó Marcelo.

—¡Nada!—dijo Musette.—Ahora recuerdo que mi amiga se mudó de casa; vive en Batignolles.

Al ver entrar á Marcelo y Musette, la una del brazo del otro, no se mostró Rodolfo sorprendido.

—¡Con esos amores mal enterrados—dijo,—sucede siempre lo mismo!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MATEO"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

